

NOTICIA SOBRE SILVESTRE PEREZ, A TRAVES DE UNAS NOTAS DE CEAN BERMUDEZ

Por Carlos Sambricio

En la evolución de la arquitectura neoclásica española una de las figuras que más claramente marquen el fin de dicho período será la de Silvestre Pérez. Su discutible aprendizaje con Ventura Rodríguez, su clara influencia en Italia donde adquiriría concepciones arquitectónicas próximas a los Selva, Valadier..., haría que a su vuelta a España participara de un modo claro en el período francés de la ocupación, siendo considerado como el arquitecto del Rey Plazuelas, José Napoleón.

La nota que a continuación damos corresponde a la que, y de una forma abreviada, apareció, con motivo de su muerte, en el *Diario Literario Mercantil* de 8 de abril de 1825. Su autor es el propio Ceán (y el documento que adjuntamos es el correspondiente a la nota que él estableciera), quien uniría la nota que damos a las estampas que la Academia de San Fernando recibiera de su testamento (1). Cómo pasó esta carpeta de la Academia a la Biblioteca Nacional (2), donde en la actualidad se encuentra, es un hecho que ignoramos, no dudando en atribuirlo a la rapiña de los coleccionistas del XIX.

NOTICIA SOBRE LA VIDA Y LAS OBRAS DEL ARQUITECTO D. SILVESTRE PEREZ

Entre los graves males que padecen las Bellas Artes en España desde el principio de este siglo, se debe contar la muerte del arquitecto D. Silvestre Pérez y Martínez, á quien la Providencia había destinado para extender y afianzar en el reino el esplendor y buen gusto antiguos de su importante y principal arte. El estudio, mérito y obras de un gran profesor no se pueden referir con pocas palabras.

Nació Pérez en la villa de Epila, diócesis de Zaragoza, el año 1767. Sus padres, D. Silvestre Pérez y D.^a Ana María Martínez se esmeraron en darle una decente educación: á los diez años de edad, o después de haber aprendido á leer, escribir y contar, le enviaron á Zaragoza á estudiar latinidad y las matemáticas con los padres de las Escuelas Pías. Su innata afición al dibujo le arrastró á la escuela del pintor acreditado D. Manuel de Eraso y después á la del arquitecto D. Antonio Sanz. Los progresos fueron rápidos en proporción á su corta edad. Llevado de su natural viveza é inclinación, se atrevió á medir y levantar por sí solo los planos de la Catedral del Pilar.

Vino con ellos á Madrid el año de 1781, cuando no tenía más que quince; y habiéndolos presentado al célebre maestro D. Ventura Rodríguez, admiró éste su osadía, celebrando su extraordinario genio y le recibió por su discípulo: le miró con respeto y trató con predilección, persuadido de que en algún tiempo sería su digno sucesor en el arte. Supo el joven aprovecharse de estos favores, correspondiendo con aplicación y concurriendo diariamente á los estudios de la Real Academia de San Fernando. Muy pronto dió pruebas de su talento y disposición, pues obtuvo catorce premios mensuales de los que repartía la Academia á los discípulos más aplicados para estimularlos á mayores adelantamientos.

(1) Academia de San Fernando. Armario 1, leg. 43.

(2) Biblioteca Nacional. Estampas, 14/27.

Los individuos de honor, verdaderos aficionados a las Bellas Artes, cuidaban de los alumnos: los protegían y halagaban con dones y promesas efectivas: los recomendaban á los maestros, visitándoles frecuentemente en sus estudios y obradores. Con este motivo se detenían á observar las grandes dificultades para poder imitar las bellezas de la naturaleza y del arte, de lo que resultaba la admiración de los académicos de honor y el vivo deseo de contribuir más y más al progreso de unas artes tan útiles y encantadoras: aprendían su idioma para entender lo que se trataba en las Juntas y contraían estrecha amistad con los académicos de mérito, considerándoles muy dignos de ella y reputándoles por las columnas que sostenían la Academia. Les prestaban auxilios, desvelándose para no estar ociosos y proporcionándoles obras porque sin ellas no pueden subsistir las nobles artes.

Entonces fué cuando los consiliarios Marqués de Santa Cruz, su hermano D. Pedro de Silva y otros académicos de honor pusieron los ojos en el joven D. Silvestre Pérez, animándole para que hiciese oposición á los premios generales que distribuía la Academia cada tres años. En el de 1784 obtuvo el primero de tercera clase, y en 1787 el segundo de la primera. Sin aspirar al primero de esta clase se presentó en la palestra el año 1790 para ser examinado á toda prueba de académico de mérito: último galardón con que premia y distingue este sabio instituto á los más beneméritos artistas, declarándolos maestros en el arte. Aprobado, se le despachó el título aquel mismo año.

Condecorado Pérez con tan glorioso diploma, y hallándose en la madura edad de veinte y tres años, que es la necesaria para viajar por Italia con aprovechamiento, solicitó ir á Roma. La Academia, teniendo en consideración su aptitud y brillantes circunstancias, le nombró pensionado extraordinario en aquella capital el año de 1791 para que á vista de los monumentos de la antigüedad y de los suntuosos edificios modernos con que está enriquecida, se perfeccionase é ilustrase en la arquitectura. Salió de Madrid el día 21 de julio del propio año, y llegó a Roma el 5 de setiembre del mismo. Se presentó inmediatamente al Sr. Azara, ministro de España en aquella corte, que le recibió con agrado, protegiéndole y distinguiéndole con singular aprecio todo el tiempo que permaneció allí.

Sería prolijo el referir aquí todo lo que Pérez trabajó de trazas y dibujos en los cinco años que residió en Roma, analizando las respetables ruinas del antiguo y concurriendo á las Academias públicas y á las escuelas privadas de los más acreditados profesores. Son prueba de su adelantamiento los diez diseños remitidos á la Academia de San Fernando, sacados del templo de Júpiter Stator, doce del teatro de Marcelo, y siete de los que delinió con su compañero D. Evaristo del Castillo en la villa de Mecenas en Tivoli, pues todo mereció la aprobación y aplauso de la misma Academia. También estaría de más decir aora lo que adelantó en Roma con el estudio de la geometría, de la mecánica y estática de sólidos y fluidos, de la física experimental, y con la detenida lectura de los autores clásicos de arquitectura, comparando sus preceptos con los que le presentaban los venerables trozos de la Roma antigua y con los de las mejores fábricas modernas, formándose un perfecto profesor de la arquitectura civil, rural é hidráulica, cuando lo confirman las muchas y recomendables obras que después trazó y construyó en España y se referirán en adelante.

Cumplidos los cinco años que estuvo Pérez en Roma, volvió á España el de 1796, y la Academia de San Fernando le recibió con el aprecio que se merecía. Le confirió la sustitución de las cátedras de geometría práctica, de perspectiva y de arquitectura, le nombró Secretario de la Junta de comisión de este arte, y Vicesecretario del instituto en 1799, y Teniente de Director en 1805; y el Rey le eligió para medir y delinear los mejores edificios de Madrid y de los sitios reales, comenzando por el del Escorial, con el objeto de que estos diseños sirviesen de modelos á los que se dedicasen a estudiar la arquitectura, señalándole ocho mil rs. al año. Se fué á aquel monasterio, principió á trabajar y al poco tiempo paró el proyecto porque pararon los auxilios prometidos.

En el mismo año le encomendó el señorío de Vizcaya la singular e importante obra de una nueva población y nuevo puerto que debía llamarse *de la Paz*. Ocasión muy oportuna para acreditar á un arquitecto: fueron muy celebrados los planos que alzó sobre el terreno, y los dibujos y trazas de todo el proyecto, que debe de conservar en sus archivos el señorío y hubieran dado a Pérez más honor y fortuna si se hubiesen puesto por obra. Antes y después de este viaje se ocupó en Madrid en reparar las casas del marqués de Escalona, del conde de Jonclana, del marqués de Iturbieta, del duque de Sedavi y otras de las calles del Ave María y de Alcalá, en hacer una biblioteca y enfermería en el colegio de las Escuelas pías del Avapiés, que han quedado en Alberca; en medir y delinear algunas de las calles del Sanco, de los Reyes y de la nueva del Duque de Alba en el Barquillo. En 1807 en trazar un pasadizo que se proyectaba hacer por el convento de los Mínimos a la calle de la Victoria; en formar los diseños para una biblioteca real en la plazuela de la villa y los de una heredad con su casa de campo y huerta en el terreno que el duque de Villahermosa posee cerca del puente de la venta del Espíritu Santo; en delinear las plantas, alzados y cortes de la casa de la marquesa de la Vilueña en Burgos; de la que el marqués de Buenavista quería construir en la Habana; de otra del marqués del Apartado en Méjico, y del convento de Agustinos con su iglesia en el sitio llamado Morcote, también en América. Estas ocupaciones y el frecuente trato con los aparejadores, oficiales y canteros, le afirmaron en el conocimiento de la práctica de la construcción y de los materiales y le hicieron ser tan diestro y certero en el cálculo para las tasaciones de las casas y solares y para el evalúo de las obras que trazaba, que se aumentó su fama y buen nombre en Madrid y en todas las provincias del reino.

Las vascongadas llamaron a Pérez para que trazase y dirigiera las muchas y grandes obras que proyectaban construir. Corrió á allá en 2 de agosto de 1818 y el ayuntamiento de la ciudad de San Sebastián, arruinada en su último asedio, le nombró su arquitecto. Trazó y dirigió su plaza principal, la casa de la Municipalidad y otros edificios: el hospital,

la plaza y varias casas en Bilbao: las iglesias parroquiales de Bermeo, Motrico, Durango y de Basigo de Baquio: la decoración interior y exterior de la villa de Tolosa, el camino importante, difícil y tortuoso de Durango a Bilbao: y el gracioso teatro de la ciudad de Vitoria.

Vuelto á Madrid en 16 de junio de 1821 sólo estuvo hasta el 2 de agosto del mismo año, evacuando varios encargos que tenía pendientes. Salió en diligencia hacia París en 2 de agosto de 1822; residió allí seis meses. Ya antes había permanecido más de un año en Francia, observando los edificios de aquella corte, concurriendo a las Academias y Museos, á una cátedra de Química, en la que hizo grandes progresos y tratando con los más célebres maestros de las bellas artes que le estimaban y obsequiaron por su mérito; y con los sabios literatos que le oían con placer por su instrucción. Estaba de vuelta en Madrid el día 15 de febrero de 1823 y permaneció hasta el 25 de febrero de 1824 que salió para Sevilla.

Pasó inmediatamente a reconocer la fábrica de la capilla Sagrario de la Catedral para lo que había sido llamado por su ilustre cabildo á causa de los antiguos temores que amenazaban ruina. Para poder decidir con más certeza en sus investigaciones, dispuso muy oportunamente y en desagravio del buen gusto apear el retablo mayor monstruoso del mismo Sagrario, que era una borrón de aquella santa iglesia, y no hallando en toda la fábrica ninguna avería de consideración la declaró segura y permanente, dejando trazado otro retablo noble, sencillo y conforme a los órdenes de arquitectura de que consta el templo para que se construya de mármoles y bronces como lo tiene acordado el Cabildo.

Con esta ocasión el asistente y el ayuntamiento de la ciudad de Sevilla, conocido el sobresaliente mérito del arquitecto, trataron con él de edificar un gran puente de piedra sobre el río Guadalquivir, que divide aquella población de la del estendido barrio de Triana, en lugar del de barcas. Midió la anchura y profundidad del río y todos los terrenos contiguos nivelándolos, y delinió un magnífico puente de cinco arcos escarzanos, bellamente proporcionados, y calculó el coste de toda la obra y el tiempo que se tardaría en la construcción. Presentando el proyecto al Consejo de Castilla con la aprobación de la Academia de San Fernando, mereció la de S. M. y del supremo tribunal. Sin embargo es de temer que no llegue á principiarse la construcción, porque es de ahora de moda que los puentes sean de hierro y colgados. También acordaron con D. Silvestre, el Asistente y los veinticuatro de aquella ciudad el modo de construir la plaza principal de la Encarnación, y después de haber medido el terreno delinió los planos y alzados de los edificios que la habían de rodear, que también aprobó la Academia de San Fernando, y expuso los medios y recursos para su construcción con economía y utilidad de la misma ciudad, y de los dueños de los terrenos: Obra de mucha consideración y en cuyo proyecto acreditó el profesor su gran juicio y esquisito gusto. Si llega á tener efecto la nueva plaza será uno de los más bellos ornatos de aquella ciudad.

Lo mucho que allí se había atareado y los calores del clima, que ya comenzaban a apretar, le obligaron á salir de Sevilla y llegó en diligencia a Madrid cansado y con el pecho fatigado el día 24 de junio. Desde entonces se le fueron aumentando más y más las fatigas, que llegaron al punto de no dejarle pasear ni á pie ni en coche, y el día 8 de Diciembre cayó prostrado en cama. Ni el saber y vigilancia de los médicos, ni la más puntual asistencia de sus hermanas y amigos fueron suficientes para librarle de la muerte, acaecida á la una de la noche del 17 de febrero de 1825, á los cincuenta y siete años de edad.

* * *

Se deleitaba con la lectura de los buenos libros, aunque no fuesen de su profesión, y con el trato de los sabios literatos. El arte poética de Horacio era su código y aplicaba con gran novedad sus axiomas á las reglas mismas de la arquitectura. Gustaba mucho de poesía y en sus viajes le acompañaban las obras de Garcilaso, de Cervantes y del Ariosto, á los que citaba con mucha oportunidad y viveza...

Tradujo del toscano al castellano los dos tomos de la obra del Milizia intitulada: *Memorias de los arquitectos antiguos y modernos*, á la cual hizo algunas adiciones y correcciones: trabajo instructivo é interesante para los profesores y para los aficionados y que está concluido y pronto para la imprenta.

Son muchos los diseños que dejó de sus obras que se construyeron y de otras que trazaba por estudio y por diversión, y representan templos, palacios, teatros, salones de baile, baños termales, puentes, cementerios, sepulcros, fuentes y otros asuntos de necesidad y de lujo. En todas resalta el carácter de la verdad, sencillez y belleza del gusto griego y sus diseños están ejecutados con facilidad, ligereza y precisión, imitando el modo de dibujar de los grandes profesores y del maestro Juan de Herrera á quien procuró seguir en todo, venerándole como su primer maestro. Se entusiasmaba hablando de la fábrica del Escorial, y de la Longa de Sevilla. En su último viaje á esta ciudad, á pesar de los graves encargos que pusieron á su cuidado el cabildo eclesiástico y el Asistente y Ayuntamiento en la fábrica del Sagrario y en el proyecto de puente y de la nueva plaza, trabajos de importancia que tuvo que desempeñar por sí solo y sin auxilio, en los pocos ratos de ocio estudiaba Pérez la Lonja de Sevilla, midiéndola, dibujándola y sacando de ella trazas, cortes y perfiles, como lo acreditan sus papeles. Este es un testimonio del esmero y del fino gusto de Pérez, un gran elogio

de Juan de Herrera y un ejemplo de aplicación para los jóvenes, viendo á un profesor tan acreditado escogía palabras tan interesantes y en edad de 56 años estudiar con tanto afán y descanso cual si fuese un aprendiz. Los que más saben son los que llegan á conocer cuanto hai más que saber.

No es posible analizar y describir aquí las obras de D. Silvestre Pérez y manifestar por ellas su gran mérito. Esto pide más tiempo y lugar que el que permiten estas noticias, escogidas de pronto para honrar su memoria en justo pago á su buena fama y conocido mérito. Basta asegurar, que el sólido conocimiento del arte que profesó, procuró con gran estudio y fatiga reunir todos los auxilios necesarios en sentir del gran Vitrubio, para formar un arquitecto consumado. Por lo mismo, concluyendo este artículo es preciso asegurar de nuevo que la muerte prematura de este profesor tan justamente apreciado, es una de las grandes pérdidas que han padecido las bellas artes en España en este aciago siglo.

Madrid, 8 de Marzo de 1825.

Ceán Bermúdez

Nos parecen dignos de la memoria de muchos sabios arquitectos, los siguientes sáficos que nos han remitido impresos.